

Pedro Salinas

Presagios  
Seguro azar  
Fábula y signo  
(Poesías completas, 1)

Prólogo de Soledad Salinas de Marichal



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1989

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Egon Schiele: *Mujer desnuda sentada*, 1914, gouache sobre papel (colección particular).

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© Herederos de Pedro Salinas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-854-7

Depósito legal: M. 7.570-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 13 Prólogo de Soledad Salinas de Marichal

### PRESAGIOS (1924)

- 29 *Forjé un eslabón un día*
- 31 1. [Suelo. Nada más]
- 32 2. [Agua en la noche, serpiente indecisa,]
- 32 3. [Mis ojos ven en el árbol]
- 34 4. [La niña llama a su padre «Tatá, dadá»]
- 34 5. [Posesión de tu nombre,]
- 35 6. [La luna estuvo en la casa]
- 36 7. [«Este hijo mío siempre ha sido díscolo...]
- 37 8. [¡Cuánto rato te he mirado]
- 37 9. [Andabas por tierra firme]
- 38 10. [Octubre era noche]
- 39 11. [Este placer de doblarse]
- 40 12. [¡Soledad, soledad, tú me acompañas]
- 40 13. [Cigarra que estás cantando]
- 41 14. [El alma tenías]
- 42 15. [—¿Lloverá otra vez mañana?]
- 43 16. [Arena: hoy dormida en la playa]
- 44 17. [No de cantera nacida,]
- 46 18. [Cuando yo alcé los ojos a mirarte]
- 47 19. [Mi tristeza]

- 48 20. [Estos dulces vocablos con que me estás hablando]
- 48 21. [Hoy te han quitado, naranjo,]
- 49 22. [La balanza –bien lo veo–]
- 50 23. [<sup>1</sup>), Deja ya de mirar la arquitectura]
- 50 24. [<sup>2</sup>), Cerrado te quedaste, libro mío]
- 51 25. [<sup>y3</sup>), ¿Adónde ir? Envuelta toda entera]
- 52 26. [Yo no te había visto,]
- 52 27. [Esta cadena de hierro]
- 53 28. [Murallas intactas]
- 54 29. [Un viejo chulo la dijo]
- 54 30. [La tierra yerma, sin árbol]
- 55 31. [Estoy sentado al sol en la puerta de casa,]
- 56 32. [Hijo mío, ven al mundo]
- 57 33. [«Manuela Plá» se llama el barco]
- 58 34. [La obediencia que esta noche]
- 59 35. [El agua que está en la alberca]
- 60 36. [Cayó el papel al fuego. (Tú bien sabes)]
- 60 37. [¿Por qué te entregas tan pronto?]
- 61 38. [Crepúsculo. Sentado en un rincón]
- 62 39. [Mendigo de los caminos,]
- 63 40. [¡Cómo me duermes al niño,]
- 64 41. [Estas frases de amor que se repiten tanto]
- 64 42. [En la tierra seca]
- 65 43. [El río va a su negocio]
- 66 44. [Estaban todos alrededor de la cama]
- 66 45. [Lágrima,]
- 67 46. [Anoche se me ha perdido]
- 68 47. [Coraza y pecho abierto]
- 68 48. [Desde hace ya muchos años,]
- 69 49. [No te veo. Bien sé]

SEGURO AZAR (1924-1928)

- 73 1. Cuartilla  
74 2. Figuraciones  
75 3. Otra tú  
76 4. Vocación  
77 5. Pasajero apresurado  
78 6. El zumo  
79 7. Sin voz, desnuda  
80 8. Fecha cualquiera  
81 9. El mal invitado  
82 10. Navacerrada, abril  
83 11. Orilla  
83 12. Tránsito  
84 13. Los equívocos  
85 14. Quietud  
86 15. Far West  
87 16. Dominio  
88 17. Los mares  
89 18. Don de la materia  
90 19. Valle  
91 20. La difícil  
92 21. Placer, a las once  
94 22. Números  
95 23. «Route Nationale»  
96 24. La distraída  
96 25. Madrid. Calle de...  
97 26. Cinematógrafo  
97 1. Luz  
99 2. Oscuridad  
100 27. 35 bujías

101	28.	Soledades de la obra
103	29.	Más
103	30.	Inminencia
104	31.	Clave de febrero
105	32.	Acuarela
106	33.	Amada exacta
107	34.	La concha
108	35.	Sur, con viento
109	36.	Mirar lo invisible
110	37.	Nivel preferido
112	38.	Lo olvidado
113	39.	Sí reciente
113	40.	Aviso
114	41.	Busca, encuentro
115	42.	Marco
116	43.	El árbol menos
117	44.	Atalanta
118	45.	Pasillo de la prisa
119	46.	Los despedidos
120	47.	Fe mía
121	48.	Amiga
122	49.	Playa
123	50.	Triunfo suyo

FÁBULA Y SIGNO (1931)

127	1.	La orilla
128	2.	Reló pintado
129	3.	La otra
131	4.	Mar distante
132	5.	La estatua
133	6.	Hallazgo

## Índice

- 134 7. París, abril, modelo  
136 8. Lo nunca igual  
137 9. Amsterdam  
138 10. Aquí  
139 11. Muertes  
140 12. Respuesta a la luz  
141 13. Rapto a primavera  
142 14. Radiador y fogata  
144 15. Font-Romeu, noche de baile  
145 16. Moneda  
146 17. La tarde libre  
148 18. Estación  
149 19. Vida segunda  
150 20. Escorial I  
151 21. Ruptura sin palabras  
153 22. Jardín de los frailes  
155 23. Tú, mía  
156 24. Escorial II  
157 25. Afán  
159 26. El teléfono  
161 27. La resignada  
162 28. Underwood Girls  
163 29. Los adioses  
166 30. La sin pruebas  
167 31. Luz de la noche  
169 32. Pregunta más allá  
170 33. Salvación  
173 Índice de primeros versos



# Prólogo

«He tenido siempre un deseo de amor tan vivo, que por eso he sido poeta»<sup>1</sup>, dice Pedro Salinas a su novia, en una de sus cartas. Sin duda, su deseo de amor se origina en una infancia melancólica: su padre murió cuando el niño Pedro Salinas (1891-1951) tenía ocho años. En otra carta a su novia recuerda su infancia: «mis diez años reviven pensando en aquella vida de niño enfermizo, triste y solitario que era yo»<sup>2</sup>, que pasaba las tardes de los domingos hojeando libros de estampas o jugando solo con sus soldados de plomo.

Pedro Salinas nació en Madrid, en la calle de Toledo, entre la antigua catedral y la Plaza Mayor. En ese pequeño mundo pasó su niñez y parte de su mocedad. Porque en la misma calle de Toledo, cerca de la Plaza, se encontraba el Colegio Hispano-Francés, al que asistió de niño. Y también el Instituto de San Isidro

donde cursó bachillerato. Siendo Salinas muchacho, se mudaron él y su madre a la calle de Don Pedro, número 6. Empezó a estudiar Derecho, y al cabo de dos años lo dejó por falta de vocación, para matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras. Todos los días iba al Ateneo a estudiar, escribir y charlar con sus amigos; ya empezaba a formar parte de grupos literarios. En 1913 fue nombrado secretario de la sección de literatura de esta entidad. Con dos de sus amigos poetas, Enrique Díez-Canedo y Fernando Fortún, Salinas se propuso modificar el verso español, darle más libertad métrica y silábica. Sabemos que ya escribía versos, porque en la revista *Prometeo*, de Ramón Gómez de la Serna, publicó unos cuantos a los veinte años (que Salinas mismo calificó, años más tarde, de «espeluznantes»).

En 1911 pasa el verano en Santa Pola y allí conoce a la que será su novia, Margarita Bonmatí, de familia allicantina que residía en Argelia. Mantienen una correspondencia de carta diaria y se casan en 1915. Viven en París, donde él ya llevaba un año en la Sorbona como lector-profesor de español; en 1917 vuelven a España. Al año siguiente Salinas gana oposiciones a la cátedra de Literatura Española de Sevilla y allí viven hasta 1929.

Pedro Salinas se da a conocer tardíamente como poeta, cuando tiene ya treinta y tres años, con su primer libro *Presagios* (1924). Pero las cartas diarias que escribe a su novia de 1911 a 1915 revelan que, por esos años, ya escribía muchos versos: Trece poemas

aparecen en este epistolario\*. En la primavera de 1914, Salinas comunica a su novia que está poniendo en limpio sus versos para con ellos hacer un libro. Sólo le falta encontrar una imprenta y convencer a su madre de que le adelante el dinero necesario para publicarlo. La forma de difusión de su proyectado libro sería original: no lo pondría a la venta, «porque aquí no se venden los libros de poetas nuevos», sino que lo regalaría a los amigos, «y sería un regalo íntimo, no como entrega pública»<sup>3</sup>. El libro no llegó a publicarse. Pero esta anécdota de juventud nos revela que Salinas, diez años antes de publicar *Presagios*, tenía escrito un libro de poemas. Y su intención de regalarlo solamente a los amigos muestra ya la actitud de íntima reserva que mantiene siempre con su propia poesía.

Su reserva poética se la debe, sobre todo, a un poeta y amigo: Juan Ramón Jiménez, que será su maestro a partir de 1912. Cuando Salinas se decide a publicar *Presagios*, selecciona cincuenta de sus poemas y se los lleva a Juan Ramón Jiménez, que los pone en orden, escribe para este libro un prefacio laudatorio y decide incluirlo entre los primeros de su selecta «Biblioteca de Índice». De los tres primeros libros de Salinas, *Presagios* es el más variado en técnica y temática. Lo escribió en Sevilla, de 1920 a 1923, años en que reparte la enseñanza con la poesía. Allí tendrá como alumno

\* Recogidos en el sexto volumen de esta edición de sus *Poesías completas* (Madrid, Alianza Edit., 2010), bajo el apartado «Poemas inéditos». (N. del E.)

al joven estudiante Luis Cernuda. De estos años, dice Cernuda que ve la estancia de Salinas en Sevilla como «decisiva para la juventud española que entonces comienza. Allí ofrece su ejemplo personal y literario»<sup>4</sup>. Y la aparición de *Presagios* completa la visión, para los jóvenes, del profesor que también es poeta.

Conviene ahora referirnos a los movimientos poéticos vigentes cuando el joven Salinas empieza a encontrar su propia voz. Muy al principio, fue Rubén Darío; y luego, Juan Ramón Jiménez. Junto a él, Unamuno. Salinas, como muchos de los poetas españoles desde principios de siglo, conoce y admira la poesía francesa simbolista y postsimbolista. Tiene una preferencia muy personal por el poeta belga Émile Verhaeren, cuyos libros *Les heures claires* [*Las horas claras* (1896)], un sencillo canto de amor a la esposa, y *Les villes tentaculaires* [*Las ciudades tentaculares* (1895)], en que Verhaeren utiliza el verso libre, entusiasman a Salinas. Hay otro poeta, francés, Jules Laforgue (1860-1887), que influye en Juan Ramón Jiménez, a quien admira Salinas porque aspira a llevar a sus versos la palabra hablada de todos los días. Salinas siente gran afinidad con su mensaje poético, y cita sus versos:

Ah, que la vie est quotidienne  
(¡Ah, qué cotidiana es la vida!)<sup>5</sup>,

dice Laforgue. Y poco tiempo después de citarlos, Salinas escribe un poema que empieza así:

Que nuestra vida sea un himno cotidiano<sup>6</sup>.

En los años veinte aparecen casi simultáneamente en diversos países europeos movimientos artísticos de tendencias muy similares. En España toman el nombre de ultraísmo o creacionismo (simultáneamente). Aunque el movimiento como tal fracasa, la poesía española de los años veinte, la de Salinas entre otras, se enriquece gracias a la incorporación de sus recursos y temas. Y no olvidemos, para terminar, que, como profesor de literatura española, Salinas explicaba a los poetas del Siglo de Oro, algunos de los cuales están presentes en su poesía.

*Presagios* significa ‘anuncios’, ‘augurios’. En este libro, en que Salinas está buscando su propio mensaje, los poemas sobre la vocación son frecuentes. Los temas son variados. Abundan más que en otros libros suyos los paisajes. Los hay castellanos\*:

En la tierra seca  
el alma del viento... (42)

La tierra yerma, sin árbol  
ni montaña, el cielo seco... (30)

Y otros más jugosos, ¿quizá sevillanos?, de naranjos y limoneros con sus frutas. El árbol, el pájaro y el agua,

\* Todos los números citados de aquí en adelante entre paréntesis corresponden a los que llevan los poemas en el texto de Salinas. (N. del E.)

los elementos juanramonianos del paisaje, aparecen en el poema 35. Hay algunos tiernos poemas familiares (4, 26, 40), y otros coloquiales, anecdóticos, sentimentales: el hijo que muere al volver de América (7), los piropos de la inclusera enferma (29), el mendigo que recibe por toda limosna el «Hoy no puede ser» (39). El sentimentalismo de estos poemas recuerda a las «Historias para niños sin corazón», de Juan Ramón Jiménez<sup>7</sup>: «El niño pobre», «La carbonerilla quemada», «La cojita». Y también hay aquí un prosaísmo relacionable con Campoamor (1817-1901). El ejemplo de Laforgue, su voz cotidiana y callejera, lleva a Salinas a defender las palabras trilladas de amor:

Estas frases de amor que se repiten tanto  
no son nunca las mismas.  
Idéntico sonido tienen todas,  
pero una vida anima a cada una... (41)

En resumen, *Presagios* nos muestra al joven Salinas forjándose un lenguaje nuevo, como hablado. Ya en 1913 escribe a su novia un poema que se titula «Madrigal hablado». Al leer su primer libro, penetramos en su cuarto de trabajo, le vemos tomar un camino, dejarlo por otro. Pero ciertos poemas nos revelan ya que su voz es la voz personalísima de Pedro Salinas. Dice de él Cernuda: «Es de esos poetas... cuyo primer libro desliza ya el contorno vívido de su definitiva poesía»<sup>8</sup>.

El «azar» es lo menos «seguro» que hay. Y, sin embargo, Salinas se fía de él (47). *Seguro azar* (1924-1928) es el título de su segundo libro. ¿Se trata de una paradoja, de un juego de palabras? Algo de eso hay, sin duda. Pero más que nada el poeta se propone afirmar su fe en lo fortuito, lo incompleto, lo imperfecto. Es la aventura del globo, en manos del niño:

¡Ay, si se suelta! (8)

¿Llegaría allí, a lo alto? (38)

O la del pájaro. (Un jilguero al que yo metía en una camita por las noches; como parecía muy triste en su jaula, se decidió echarlo a volar.) También es posible que Salinas recordara, al pensar en este título, una obra de Marivaux titulada *Les jeux de l'amour et du hasard* («Los juegos del amor y el azar»). Sobre ella comentaba: «una comedia de la cual lo más bonito es el título»<sup>9</sup>.

Lo que es indudable es el sentido alegre, despreocupado de este libro, que corresponde a una nueva relación del poeta con la realidad. Y la realidad de los años veinte es la de los «tiempos modernos», el cine, el automóvil, el teléfono, los aviones, dominadores del tiempo y el espacio. Los dos poetas que con mayor entusiasmo cantan las nuevas maravillas son Rafael Alberti y Pedro Salinas. En su poema «Carta abierta», Alberti ensalza a

el alba aviadora, pez de oro...

y termina definiéndose a sí mismo como

un relámpago más, la nueva vida<sup>10</sup>.

Salinas también canta a la vida tónica, juvenil de los años veinte. El cine, «Far West» (15), que nos lleva tan lejos, sin movernos:

¡Qué viento a ocho mil kilómetros!

Y que en otro poema muestra a la tela blanca (la pantalla) nada menos que como la protagonista de la creación del mundo. («Cinematógrafo», 26.) Encontramos en estos poemas (y en muchos otros de sus primeros libros) una ironía muy salinesca, sin amargura, de buen contento.

Y he aquí que las máquinas maravillosas poseen facultades que van más allá de la mecánica. Así lo vemos en «Navacerrada, abril» (10). Allá en lo alto tiene lugar la aventura:

Los dos solos. ¡Qué bien! [...]  
Y de pronto mi mano  
que te oprime, y tú, yo,  
-aventura de arranque  
eléctrico—...

y para que todo quede claro, añade:

Alma mía en la tuya  
mecánica; mi fuerza,  
bien medida, la tuya,  
justa: doce caballos.

En estos poemas hay mucho de adivinanza que se resuelve en los últimos versos. La más sorprendente de todas es «35 bujías» (27). Como en un cuento de hadas, la «artificial princesa», la luz eléctrica, está presa en un castillo de cristal. Pero de noche, el príncipe-poeta la soltará («apretar un botón»). Y entonces ella se convertirá en su «musa iluminadora», su «amada eléctrica» y eterna. La salvación de la princesa es de arranque mágico («apretar un botón»), y el poeta utiliza el botón lo mismo que Aladino su lámpara maravillosa; sin saber cómo funciona. «Parece el azar» (2). Dámaso Alonso señala una nota común a la poesía contemporánea que, dice, sobresale en la poesía de Salinas: «Su irrealidad, o capacidad de extraer de las cosas del mundo otra posible realidad íntima, invisible para el sentido común, pero clara y muy verdadera para el sentido poético»<sup>11</sup>.

En los tres primeros libros de Salinas aparecen y desaparecen breves imágenes de muchachas que entran dentro del estilo ultraísta por el enfoque humorístico, y la disposición gráfica de las palabras en versos sucesivos, en forma de vaivén. En ellas, las muchachas ponen obstáculos al posible amor: una le niega al poeta su voz (7), y otra su atención (24), otra su disponibili-

dad (20). Se llaman «La distraída», «La difícil», «La amada exacta». El poema es un ir y venir que llena al poeta, con nosotros, de desconciertos:

Tu presencia y tu ausencia  
sombra son una de otra,  
sombras me dan y quitan.  
(¡Y mis brazos abiertos!)  
Pero tu cuerpo nunca...

(*Presagios*, 5)

La reticencia también la puede sentir el amante mismo. En el último poema de *Presagios*, la amada se encuentra al alcance de su voz. Pero él no la llamará hasta mañana, cuando ella se haya marchado ya; y él, entonces, pueda imaginarla a su lado. ¿Es el juego de la paradoja lo que atrae al poeta? En sus breves poemas sentimentales, Salinas traza rápidas, inquietantes escenas que constituyen la visión más continua y original de sus tres primeros libros.

El tercer y último libro de Salinas que aparece en este primer tomo de su poesía, *Fábula y signo* (1931), es en gran parte un libro de transición. En él se continúa la temática moderna, el espíritu juguetón de *Seguro azar*. Y al final aparecen otros poemas que apuntan ya claramente al próximo libro: *La voz a ti debida*. Vuelven a lo largo de *Fábula y signo* las breves apariciones de muchachas singulares como «La otra» (3), que comunica por teléfono, con voz eléctrica, a su

sombra (la otra), su voluntad de morir. La «heredera sombra cómplice» ocupa su cuerpo y sus quehaceres, de modo que nadie se entera de que ella ha muerto. Señalemos que la sombra (las sombras) empieza a cobrar un papel significativo en la poesía de Salinas.

En estas escenas semi-amorosas la ironía entra en escena. Así, el poema «Los adioses» (29), en que la despedida se prolonga indefinida, cómicamente:

Y ahora ya no podemos  
irnos así.  
Hay que quedarse.  
Tenemos que decirnos adiós,

y se imaginan adioses de día, de noche, negros, blancos, riendo, llorando... Y finalmente llegamos a «La sin pruebas» (30), «sin pies, sin peso», la que no deja «huella detrás». Tan pura ya que cuando le llegue la muerte nadie se dará cuenta:

con todo ese blanco inmenso  
alrededor, que creaste.

Con esta diáfana muchacha se cierra el ciclo que Salinas ha ido trazando desde su primer libro. Se trata de creaciones muy personales, con poco apoyo en la realidad; o más bien dentro y fuera de ella al mismo tiem-

po. En «Vida segunda» (19), dice Salinas, dirigiéndose a una de esas mutiladas:

te fui inventando, Afrodita.

En 1920 aparece la traducción de Salinas de las comedias de Alfred de Musset *Los caprichos de Mariana*. Comentándolas en el prólogo, dice Salinas: «La única ley de esas obras: el capricho de la fantasía. Y sobre ese fondo irreal deambulan sus personajes, figuras de hombre y mujer que salen a la escena llevando graciosamente como una anforilla, una pasión ingenua y conmovedora»<sup>12</sup>. Algunas de las figuras de Musset ¿no pasarían de su teatro a la poesía de Salinas? Recordemos también otra posible fuente literaria: Marcel Proust. Salinas es su traductor. Algunos rasgos de las ambiguas «muchachas en flor» de Proust ¿reviven en las singulares muchachas del primer Salinas?

El final de *Fábula y signo* entra ya en el ambiente y el tema del próximo libro: *La voz a ti debida* (1933). Poemas como «Luz de la noche» (31) adquieren densidad, delimitación gracias a la claridad con que se plantea el tema, en series de contrastes. «La felicidad y precisión del tema es quizá el único halago de forma que Pedro Salinas ofrece a sus lectores»<sup>13</sup>, dice Dámaso Alonso hablando de *Fábula y signo*.

Y para terminar recordemos unos versos del poema «Respuesta a la luz» (12):

Sí, sí, dijo el niño, sí.  
Y nadie le preguntaba.

El niño sigue gritando:

tanto sí, que sí, que sí? [...]  
Sí, sí a todo, a todo sí, ...

Este niño del sí es muy distinto del niño triste que fue el propio Pedro Salinas en su infancia. La alegría presente le irá llegando poco a poco, al escribir sus versos y darse cuenta de que va encontrando su voz. De ahí que tantos poemas de sus tres primeros libros sean mensajes de alegría, de una alegría llena de afán de vivir.

Soledad Salinas de Marichal

## Notas

1. Pedro Salinas, *Cartas de amor a Margarita* (1912-1915), Alianza Editorial, 1984, carta núm. XXXVI.
2. *Ibid.*, LXXXVII.
3. *Ibid.*, XXXIX.
4. Luis Cernuda, «Pedro Salinas y su poesía», *Revista de Occidente*, tomo XXV, Madrid, 1929, pp. 251-254.
5. Jules Laforgue, *Les complaints*, el segundo verso de «Complaintes sur certains ennuis», *Poésies Complètes*, 1970, p. 86.
6. Pedro Salinas, *op. cit.*, XV.
7. Juan Ramón Jiménez, *Nueva antología poética*, 1969, pp. 135-137.
8. Luis Cernuda, *op. cit.*, p. 252.